

Relatos estimulantes

MARIO
PARAJÓN

Nacido en Galicia y de familia muy pobre, realizando desde la infancia los trabajos más inverosímiles para ganarse la vida, autodidacta y con enorme facilidad para aprender idiomas, se hace dueño del inglés y se atreve con los escritores más difíciles, desde Melville a Faulkner pasando por Lawrence, Huxley y muchos otros. Pasa la juventud en Cuba, viene a España durante la guerra a título de corresponsal, sus experiencias con los comunistas le resultan muy traumáticas y decide alejarse de la política. Regresa a la Isla, trabaja en la revista *Bohemia* donde raras veces publica una colaboración aunque si muchas traducciones; se casa con otra periodista, Herminia del Portal, y se siente feliz explicando francés en la Escuela Normal. Pero irrumpe en el Ministerio de Educación Aureliano Sánchez Arango y lo despide del cargo. Lino Novás se traumatiza más aún, va de su casa a la sala de redacción y de la sala de redacción a su casa; no trata con casi nadie y pasa años enteros sin dar a la imprenta ninguno de sus textos. A raíz del primero de enero de 1959 se marcha a Cuba con su mujer y su hija, enseña en un

LITERATURA

colegio en Estados Unidos y fallece en 1983. Había nacido en 1903. Es el autor de pocos y extraordinarios libros: *La Luna nona* (1942), *Cayo Canas* (1945), *En los traspacios* (1946), *Maneras de Contar* y *Pedro Blanco*, *El Negrero*, que aparece ahora en Tusquets, luego de una primera edición en 1933.

En la prosa de Lino Novás no hay vacilación. Todos los temblores que le proporcionó su sensibilidad y las circunstancias que hubo de enfrentar, desaparecen cuando toma la pluma y escribe una frase. Es claro, rotundo, macizo, muy sencillo y fuerte. No le teme al empleo de ningún recurso. Escribe principalmente en los años treinta y cuarenta, cuando los autores norteamericanos le imponen a la narración una serie de innovaciones, desde evitar las descripciones, sobre todo de personajes, hasta que la voz del narrador se escuche sin que esté presente como alguien que contempla el relato desde las alturas. A Lino le importa poquísimo todo eso. Va a lo suyo; y lo que puede afirmarse es que no escribe una línea sin que haya pasado por un obrador entre áspero y limpio, especialmente puesto a prueba con toda la veracidad en marcha.

Dos rasgos originalísimos tiene esta novela; y después — Azorín diría —, un “añadimiento” interesante señalado por Abilio Estévez en un prólogo hecho “de escritor a escritor”, muy cálido y de gran concisión. El rasgo primero consiste en lo siguiente: centrándose la novela en la exclusiva de Pedro Blanco, protagonista de todas las páginas, párrafos y líneas, la descripción del mismo, y no digamos el juicio moral que se merece, queda como suspendida no sabemos entre los celajes de qué atmósfera.

Imposible catalogarlo entre los buenos; algo se nos resiste a calificarlo de malo. Tampoco nos contentamos con la historia del medio ambiente que lo echó a perder determinando sus acciones como en los relatos de los naturalistas. Imposible igualmente ponerle a su favor tales adjetivos y en su contra tales otros. Pedro Blanco ocupa un espacio sólo vislumbrado por Lino Novás; y para saber algo del mismo no queda otro remedio que la zambullida en la novela.

Y es aquí donde la originalidad número dos hace su aparición: se relaciona con el estilo, el tono y aquello que se nos narra. No nos conmueve, no impresiona a pesar de lo impresionante que es y menos aún nos deprime. *El Negrero* tiene todo el aire del relato estimulante. Es como si por vez primera se contaran todas las atrocidades que circulan por este mundo sin que la desesperación apareciera en el horizonte de lo humano; casi como si la medida del hombre se hallara por encima de sus calamidades ¿Por qué? Tal vez porque Lino Novás creía que nunca se pierde por completo el polo humillante de la superstición ni el que rescata de eso: el honor. Nunca se conserva este último al cien por cien en las situaciones por las que pasan sus personajes, pero tampoco se pierde completamente. Sus restos parecen ontológicamente entrañados en lo que llamaba

Aristóteles el ser dotado de razón.

Falta mencionar el “añadimiento” señalado por Abilio Estévez en el prólogo: “Porque *El Negrero*, como todo gran libro, no sólo divierte sino que permite incluso aproximarse a lo que con tanta nostalgia llamamos ‘la sabiduría’”.

Ediciones Encuentro publica una biografía de Julien Green de Álvaro de la Rica. El biógrafo tenía en sus manos todas las cartas de triunfo y las

ha manejado con resultados excelentes. Green ha vivido más de noventa y cinco años sin dejar de escribir en su *Journal* una, dos o tres veces a la semana y en ocasiones día tras día durante no se sabe cuántos años. Aparte de esto escribió unas *Memorias*, algunos de sus amigos están vivos y su hijo adoptivo Eric dispone de todos los materiales para que la crítica, la teología espiritual y quién sabe si también la teología a secas, prosigan una investigación que sólo está hoy en sus comienzos. Álvaro de la Rica, aparte de manejar lo publicado, hizo amistad con Green, figura en el *Journal*, al novelista le encantaba su conversación y deja constancia escrita sobre las buenas maneras, la finura de espíritu y la inteligencia penetrante del que era entonces su futuro biógrafo.

El libro de Álvaro empieza destacándose por su economía expresiva: sólo ciento cuarenta páginas. Narra con reposo y no sería exagerado añadir que con señorío. Se percibe su estremecimiento ante realidades casi intocables, misteriosas, dignas de un tratamiento muy delicado porque su control no está por completo ni en sus manos ni lo estuvo nunca en las de Green. Pero a la vez, consciente o inconscientemente, Álvaro de la Rica sabe eludir el tono hagiográfico tradicional. Esto se le concede gracias a su decisión de no pasarse, de nunca ir más allá de la

información que maneja, fiel a un equilibrio denso entre la sinceridad del que se atiene a los hechos y la senda trazada por el destino de Green, habitante de la más franciscana y sencilla de las realidades y a la vez con medio cuerpo en el paraíso y el otro medio en el fuego eterno.

No se trata de una semblanza de Green. Tampoco de una vida contada a la manera de Maurois o a la más actual de Lottman. Pero hay elementos de la semblanza y de la biografía tradicional que Álvaro concentra en su estudio. Éste se limita al propósito del autor de fijarse en los antecedentes familiares y la infancia y la juventud de Green como claves que explicarán las grandes coordenadas de su obra a la vez que su aventura espiritual.

Imposible olvidar que Green estuvo a punto de ordenarse como sacerdote y que desistió. Todo parece indicar que Álvaro de la Rica lo ve como uno de los grandes puntales del laicado católico de nuestro tiempo, llamado precisamente a asumir esa condición laical muy cercana a la del sacerdote, pero de signo distinto y con la señal inconfundible de nuestro fin de siglo y tal vez de la primera mitad del próximo.

Alianza Editorial publica dos libros de José Lezama Lima: los *Relatos* y la *Poesía Completa*, el primero a cargo de Reynaldo González y el segundo al de César López. No he tenido

tiempo aún de repasar el primer volumen, cuyo contenido

LITERATURA

conozco gracias a otra edición que se hizo recientemente por Bartleby y que contiene todos los relatos bajo el título de *La Habana Caleidoscópica*. Celebro que las poesías las recopile César López en esta edición de *Alianza*. Y es importante ir un poco de la obra al autor para que vaya lográndose en el futuro una

imagen del mismo cernida sobre sus textos.

Tal vez lo primero que sea menester decir es que a Lezama lo envuelve un halo de tremenda extrañeza. Hay muchos que ni siquiera cuentan con él al tratar de las valoraciones literarias. Hay otros para quien el “héroe de Trocadero” es algo así como un dios cuyas sentencias se repiten y sus dichos corren aún por los cenáculos donde se habla de literatura. Su amistad con Julio Cortázar, su apetito descomunal del cual puedo dar testimonio, su sentido “devorador” de la amistad, según expresión que usó con frecuencia, sus lecturas interminables, sus ejercicios de maestro al que rodearon los jóvenes y su sentido del “misterio familiar” hacen de este asmático famoso un personaje de fábula al que es difícil acercarse sin que nos dejemos arrastrar por alguna tentación.

Lo dicho por Vargas Llosa es insoslayable. Don Mario he hecho muchísimo para que la América que habla español entre a buen paso en el concierto de los países civilizados; y su táctica ha consistido invariablemente en limpiarse los ojos de toda posible beatería, corriendo el peligro de propasarse en lo de quitar la costra sagrada a los correspondientes ídolos. En el caso de Lezama ha señalado los momentos en que cae en la retórica, lo cual es cierto y de ninguna manera opaca su

talento, sino todo lo contrario: contribuye a esclarecer su naturaleza. Ésta fue del género de la gran ambición, la radical seriedad y la creencia en la poesía como clave de todo conocimiento. Aquí exageró. Hay un conocimiento poético, pero es limitado. Lezama pretendió con él conocer toda la realidad, y conoció buena parte de ella. Ya es mucho. Sería necesario estudiarlo desde esta perspectiva para situarlo de una vez en el horizonte de las letras americanas.